

COLORFUL

Ren Blake

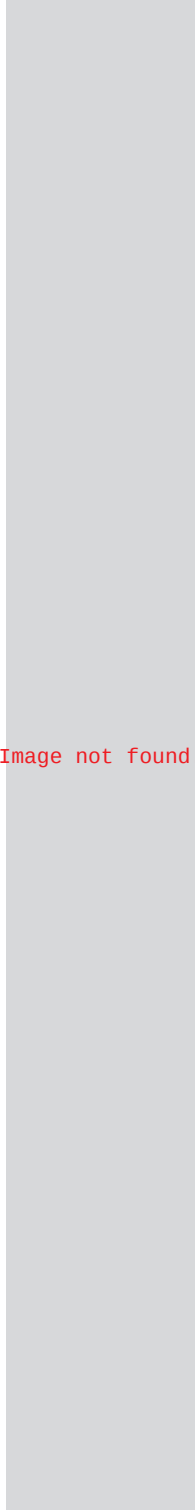


Image not found.

Capítulo 1

Introducción

“¿Sobre qué trata el proyecto Colorful Glass?”, fue la pregunta que recibí desde el otro lado de la línea, una fría tarde de invierno, en mi oficina del campus universitario.

Aaron e Irene confirmaban los datos de las últimas pruebas, aún en cifras negativas.

— Lo siento, mi invento aún está en fase de pruebas.

— Mi cliente está interesado en apoyar su invento, doctor Stevens.

— ¿Qué? ¿Cómo supieron de él? Es... un proyecto de la universidad... Es mi tesis.

— Tenemos nuestros medios –serio.

Me explicó que su cliente apoyaría completamente la inversión que el proyecto pudiese provocar, además de proporcionarnos instalaciones adecuadas para llevar a cabo la investigación y posterior instalación de maquinaria. Mi mente voló con aquella propuesta. Quedé en responderle al finalizar la semana.

Les conté a los chicos sobre la propuesta. Ellos se emocionaron. Llevábamos dos años intentando manejar los costos de reparación, y los ejemplares biológicos necesarios para hacer las pruebas. Así que, en cuanto recibimos una noticia de un filántropo que apuesta por nuestro proyecto, decidimos lanzarnos a por ello, sin medir las consecuencias.

Firmamos los papeles de traslado con la universidad. Todo el material sería llevado a las instalaciones de nuestro cliente. Y, dentro de dos días, teníamos que hacer una presentación oficial ante nuestro jefe, explicando mejor sobre el proyecto.

Aaron, quien es mejor hablado y extrovertido que yo, es quien iniciará; lo seguirá Irene, y finalizaré yo. Sólo entraré para las preguntas más específicas, puesto que la idea es mía.

— Colorful glass nació como una idea para salvar al mundo. El doctor Stevens, aquí presente –hice una leve reverencia, nervioso-, ideó una máquina capaz de manejar los distintos climas del mundo. Una suerte de micro sistemas, ligados a la necesidad que la Tierra presenta hoy en día: El efecto invernadero. Éstos cambios han devastados ciudades y ecosistemas que eran ricos en flora y fauna. Colorful es la solución

—presentó la imagen en 3D-. Seis de éstos receptores, colocados estratégicamente en coordenadas específicas alrededor de la Tierra, serán suficientes para controlar todo.

— No sólo estamos viendo el impacto que se tendría en los distintos climas, sino también en los ecosistemas. Es por ello, que necesitamos establecer una base alterna, donde se pueda hacer las pruebas de botánica y biología. Ver cómo afecta directamente la máquina en su hábitat.

— ¿Dónde proponen que sea eso? —nos miramos. Irene se adelanta.

— En Perú —el mayor Nero frunce el ceño- Estuvimos investigando, y ése país cuenta con ocho de los principales pisos ecológicos. Si pudiéramos probar la máquina ahí, sería de mucha ayuda. La recolección de datos sería más exacta.

— ¿Cuánto tiempo va a tardar en estar lista la máquina?

Di un paso adelante.

— Como se le dije antes, al señor Andersen, la máquina aún está en fase de pruebas, la principal razón es porque no contamos con los ejemplares necesarios, ni las instalaciones.

— Ahora tienes la mitad del trabajo hecho.

— Aun así —firme- La máquina necesita una base de datos, ésta puede tardar un par de años más en estar completa, luego, tenemos que hacer más pruebas y finalmente, lanzar los receptores al espacio. La construcción de un receptor, es algo que... —reí con nerviosismo- escapaba de nuestra imaginación.

— Ahora tienen nuestro completo apoyo. Seis, ¿no es cierto? —asentimos- ¿Para cuándo los necesitan?

Aaron estaba boquiabierto. “¿Harían los receptores?”, agité mi cabeza, saliendo de mi ensoñación.

— Primero debemos acabar la máquina. Sin ella, no podemos configurar los receptores.

— ¿Cómo funcionan esos receptores?

— Pues... —Aaron pasa a la siguiente diapositiva- En principio, los receptores tienen un canal de recepción y un doble canal adicional de emisión. Los canales de recepción son para capturar energía solar y la imagen de las otras máquinas. Los de emisión son para llevar imágenes a

otros receptores y hacia la Tierra en sí.

— ¿A la Tierra?

— Sí. Se llama Colorful glass, porque... -nos miramos, perturbados- Un efecto secundario es el crear una capa tipo espejo alrededor de la Tierra. De éste modo, evita que los rayos del sol penetren directamente la atmósfera. Básicamente, es así como podremos controlar el clima, el día y la noche, a nuestro favor.

Los dos hombres parecen excitados con la noticia. Se ponen en pie y aplauden. Aaron se encoge de hombros. Agradezco el halago.

— ¿Cuándo empiezan?

— ¿En cuanto terminemos de desempacar? -dubitativo.

— ¡Perfecto! No se diga más. El lunes empiezan.

El señor Andersen conversa en privado con el mayor Nero. Se ponen de acuerdo. Gira hacia nosotros.

— Le hablaré a nuestro cliente sobre la sede en Perú -cierra su traje- Buena suerte. Doctor Stevens -me da un apretón de manos.

No pasó ni medio año. El mayor Nero entró y nos dio la buena noticia. El "Complejo de Botánica y Biología" aguardaba en Perú. Celebramos.

— ¿Quién de ustedes irá?

Nos detuvimos. Nos miramos. Aaron se adelantó.

— Yo conozco mejor ésta parte del proyecto. -Me mira con seguridad- Le diré a Helena que venga conmigo. Ella se pondrá feliz de participar en tu sueño.

— Gracias, Aaron.

Nos damos un último abrazo grupal.

— Colorful será lo mejor que tenga el mundo -me anima Irene- Ya puede ver tu cara en el Forbes.

— No exageres. Sólo espero que acabemos antes de que sea demasiado tarde.

— ¡La Tierra tiene un súper héroe! -alza los brazos, bromita- ¡Josh

Stevens, al rescate!

— ¡Ya! Pongámonos a trabajar, o el mayor nos regañará.

— No es mi marido –fastidiada- Ahora que se fue Aaron, necesitaremos un equipo, ¿no crees?

— Le diré al mayor.

— Necesitas un asistente, también.

— Trabaja, Irene...

“Colorful, el invento que salvará a éste mundo”, escribe Irene en mi escritorio. Nos reímos, contentos de que nuestro sueño vaya tomando forma.

Capítulo 2

Rojo

Sucedió quince minutos antes de que la alarma se lanzara.

El capitán estaba terminando de pasar a limpio sus anotaciones sobre el viaje. Mariel revisó los indicadores de protección, antes de seguirme. No quedaba mucho para el reingreso a la atmósfera terrestre.

Me enviaron a realizar un chequeo de rutina, en las áreas inferiores de la nave. Algunos me saludaron, porque les dio el tiempo, otros simplemente siguieron concentrados en su tarea.

Caminé hasta el mirador. Metí mis manos en los bolsillos del traje y observé la Tierra en su majestuosa luminosidad.

De repente, todo ruido fue engullido. Por un instante me sentí perdida. Giré. Ellos también lo habían notado.

— Por Dios, ¿qué ha sido aquello?

Volví al mirador, donde Mariel se aferraba consternada. Traté de seguir sus ojos hacia la Tierra.

La alarma se disparó. La nave se sacudió con brusquedad. Yo perdí el equilibrio y caí sobre Mariel.

Ella me sujetaba, temblorosa, sin alejar sus ojos aterrados del planeta.

— ¡Jules! ¡Se le requiere en la central de operaciones! ¡Jules! ¡A central de operaciones!

Me separé de Mariel. La ayudé a levantarse y la guie hasta su puesto, dudando de su capacidad para monitorearlo. Corrí hacia la central.

Mis zapatillas chirriaron en la entrada. El capitán me señaló la pantalla de actividad militar. Asentí sin entender lo que sucedía. La voz ida de Mariel, en el altoparlante, indicó el uso de los cinturones de seguridad. Mis manos se resbalaron ante una abrupta sacudida, más fuerte que la primera.

— Capitán, hemos perdido la comunicación con la base en la Tierra.

— Lanza un mensaje de emergencia a Marte.

— ¡Sí, señor!

Mis dedos presionaban de manera automática los botones en los tableros.
“¿¡Qué rayos estaba pasando!?”

— Ca... Capitán... -fue casi un susurro.

Observé de reojo, mientras esperaba una respuesta del sistema. Mariel llevaba en sus manos un PDA. El tono pálido de su piel, contrastaba notablemente con el enrojecimiento de sus ojos y mejillas. El capitán le arrebató el PDA y leyó el informe.

— ...ha desaparecido, señor... La Tierra ha desaparecido...

A pesar de haber sido un simple murmullo, todos volteamos hacia la única ventana que nos permitía confirmar la noticia. El capitán se puso en pie y dejó caer el PDA. Éste se quebró en medio de un gran estruendo. Mariel se sentó en el suelo y lloró en silencio.

“La Tierra no está”.

Capítulo 3

Azul

Irene había decidido no ir al trabajo, y pasar el día en casa, con sus hijos... "conmigo".

Cuando le pregunté la razón. Ella sólo me sonrió y sacudió la cabeza, como si su mente no hubiera estado presente. Un escalofrío recorrió mi columna, al recordar el mismo gesto en los ojos de mi hermano, poco antes de fallecer.

— ¿Te sientes bien? –expresé con preocupación.

Sus ojos se iluminaron y me abrazó.

Kate y Luis jugaban en el patio, junto a Rufus, el perro de Joan, hermano de Irene. Ella se sentó en uno de los escalones, flexionó sus piernas, las abrazó y apoyó su mentón en las rodillas. Sus ojos se volvieron a perder.

— ¿Estás segura que estás bien? –asintió con una sonrisa.

— Sólo quería verlos...

— Los ves todos los días, mujer –digo entre risas.

— Siempre que llego, están por irse a dormir. Y por las mañanas, a duras penas logro darles un beso de "buenos días", antes de ir a trabajar.

— Entonces deberías pedir vacaciones –resoplo con cansancio.

— Éstas son las vacaciones más largas que tendré en mucho tiempo...

— ¡Mami!

Mi pregunta se desvaneció en el aire. Kate y Luis la abrazaron. Rufus ladraba hacia la reja. Fui a ver qué pasaba. Joan acababa de llegar en su Lamborghini rojo. "Odio a ese sujeto", abro la reja. Su perro me empuja y se lanza sobre su traje de marca. Me cruzo de brazos. "¿Le da igual que el perro lo llene de pelos, pero no deja que sus sobrinos lo abracen si tienen una pequeña mancha en la ropa?", frunzo el ceño.

— Tim.

— Joan –me hago a un lado y lo dejo pasar. Cierro la cerca y regreso con

Irene.

— ¡Tío!

“Ignoran que él no los quiere”, él ha sacado hábilmente un par de regalos, para evitar el roce. Ellos corren como locos, extasiados por las sorpresas. Desaparecen tras la puerta de la casa. Irene se para y sacude su faldón. Joan la ha abrazado. Ambos mostramos un gesto atontado, por la muestra de cariño. Irene le toca la frente.

— No tienes fiebre... -irónica.

— Irene, me hablaron sobre tus “vacaciones” en la oficina.

— Ah... Decidí tomarme el día libre... Quiero estar al lado de mis hijos cuando suceda.

Vuelvo a cruzarme de brazos, intrigado. Irene agita su mano, despreocupada y se ríen.

— ¿Por qué siento que soy el único que no sabe lo que sucede?

— No tienes por qué saberlo, Tim. Ni siquiera eres mi cuñado.

— ¡No tengo edad para serlo! –Miro hacia otro lado, avergonzado.

Irene se ha reído.

Entran a la casa. Ella me hace una señal para ir con ellos. Me relajo y sonrío.

El aire golpea con fuerza mis piernas. Volteo hacia el cielo. Froto mis vistas. “¿Fue una alucinación?”, Luis viene a llamarme. Hala mi suéter.

— Tim, mamá quiere que entres.

— Ya voy...

— No, quiere que entres ahora mismo.

Bajé la mirada hacia él. Sonrió amable.

Un crujido. Giré con sobresalto hacia la calle. El piso vibró bajo la casa. Tomé a Luis en brazos y lo saqué del umbral.

— ¡ENTREN A LA CASA! –exclamó Irene.

Sus ojos. Ese par de ojos azules ahora se mostraban llorosos.

Luis me apresuró, asustado. Nos levantamos con dificultad. Y, justo antes de que Joan cerrara la puerta, logré confirmar que en el cielo no quedaba una sola nube y que el Sol brillaba con gran intensidad, a pesar de haber estado a cinco grados y en pleno invierno, hace un instante.

Capítulo 4

Verde

El complejo de biología y botánica completó el inventario.

Los investigadores enviaron los resultados con los robots. La central aguardaba por la señal de la base principal.

Helena observaba a Ian, mientras éste trazaba las indicaciones de riego en las instalaciones. El asistente se percató, con cierto nerviosismo, de la mirada penetrante de su jefa.

— ¿Necesita algo, doctora? –ella negó indiferente- Bien... ¿Le molestaría dejar de mirarme? –asintió- Ya veo... -regresó sus ojos al panel de control.

— ¡Helena! –ella no se inmutó- ¿Tienes los resultados de la prueba?

— Ian está ingresando los datos de...

— Oye, estoy hablando del experimento, no de tu asistente... -irritado.

— En un momento le entrego el folio, doctor Green –Ian se adelantó.

Aaron Green tomó asiento frente a su prima. Agitó la mano delante de su rostro, insistente. Ésta chasqueó la lengua con fastidio y retiró su mano, frunciendo el ceño.

— Le informamos al staff, que las instalaciones sellarán sus entradas en media hora. Repetimos. En media hora, toda salida quedará sellada. De no contar con un pase verde, se procederá al despido inmediato. Agradecemos su atención.

— ¿Escuchaste? –Aaron agita la cabeza, desaprobatorio- Hoy salí tan apresurado del apartamento, que olvidé mi pase.

Tanto Helena como Ian dejaron de hacer sus cosas y lo miraron, alarmados. Aaron se encogió de hombros.

— Mi nombre aparece en la lista y tengo mi carné –se los muestra- No creo que me hagan problema.

— Debes irte de inmediato, Aaron.

— ...qué dices... -ríe contrariado.

— Doctor Green -mira al asistente-, sin el pase, da igual que su nombre esté en la lista, ellos lo van a sacar.

— Es... ¡Esperen! -se pone en pie- No estarán hablando en serio, ¿o sí?
-Ian asintió.

— Sí que eres tonto, Aaron -resopla, Helena.

Las puertas del laboratorio se abrieron. Un par de militares mostraron su identificación y pasaron. Helena e Ian se acercaron y deslizaron sus pases en la máquina. Aaron estaba quieto. El par de uniformados giraron hacia él y le indicaron que sacara su pase.

— Lo olvidé en casa...

— Deberá acompañarnos, doctor Green.

— Están cometiendo un error...

— Acompáñenos o será llevado a la fuerza -Uno sacó unas esposas y el otro preparó su arma.

— ...qué demonios...

Aaron dejó sus cosas con Helena y se retiró. Ian se puso aún más nervioso.

— ¿Cree que lo vayan a lastimar, doctora Green?

— Lo dudo -regresó a su escritorio- Si saben quién es mi primo, dudo que si quiera lo saquen de las instalaciones.

Ian terminó de organizar su trabajo.

Diez minutos después, el contador se lanzó. Los indicadores de desconexión se encendieron. Ambos apagaron todo dispositivo electrónico en el laboratorio. Aseguraron los cultivos.

Helena tomó la muñeca de su asistente y lo llevó hasta el sofá. Lo sentó e hizo mismo. Palmeó su mano y giró hacia el observador.

— Es difícil de creer, ¿no?

— ...sí... ¿Estarán seguros?

Helena suspiró con cansancio y se recostó en el hombro del menor. Cerró los ojos y sonrió.

Ian entrecerró los ojos, a medida que una luz cegadora inundaba las instalaciones del gran complejo de biología y botánica.

Capítulo 5

Negro

Tabita esperaba en la entrada del domo, con un gesto lleno de aburrimiento.

Ella es una de las pocas niñas que nacieron del segundo equipo, por lo que no solía salir a jugar con los vecinos de la comunidad. Ella es algo antisocial.

Mis padres dejaron la Tierra, porque nunca creyeron pertenecer a ése lugar. Sin embargo, Tabita, quién nunca la ha visto, ni siquiera a través de un telescopio, siente que su corazón se aleja de la realidad marciana.

— ¿De dónde venimos, mamá?

Fue su pregunta, mientras observaba el cielo nocturno.

Ciertamente, me quedé helada. “¿Por qué una niña de cinco años deseaba saber sobre su origen?”, titubeé sin respuesta. Ella giró a mirarme, inmutable.

— ¿Por qué hay sólo doscientos humanos en Marte? ¿Qué es un “terrácola”? ¿Por qué somos “marcianos”, si somos iguales al abuelo?

Quizás si ella no me hubiera cuestionado sus raíces, hace siete años, nunca hubiese enviado un mensaje a la Tierra, requiriendo su traslado. Tabita merece ser feliz, en un planeta que no le sea extraño u hostil, a pesar de haber nacido y crecido aquí.

Durante la celebración de su quinto cumpleaños, ella recibió un mensaje del Gobierno terrestre. Tabita sería trasladada a la base terrícola, en un plazo no mayor a diez años. Según me comentó el Mayor Nero, el caso de Tabita causó controversia en cuanto se coló por la red.

Se formó un grupo en contra de nuestra comunidad de investigación marciana. Nos acusaron de forzar una sociedad pseudo-terrácola. Incluso arremetieron contra las instalaciones, al saberse que a cambio de Tabita enviarían tres “Eva”, para crear un balance.

Mi monitor de pulsera comenzó a parpadear. Dejé mi cesto y lo observé. Era un mensaje de emergencia desde la NEM Fobos. Varios de mis colegas salieron de sus domos y observaron a través de sus telescopios.

Tabita ya no estaba en la entrada.

Fui a buscarla.

A medida que me adentraba en la comunidad, las personas iban saliendo y observaban con impacto el cielo. Todos en una sola dirección.

Tabita terminó de subir la pendiente de la duna más alta del lugar. Con su respiración agitada dirigió sus ojos hacia el cielo. Me paré a su lado y revisé el mensaje con cuidado.

— No podré regresar, ¿verdad?

“¿El corazón de Tabita lo supo antes que nadie?”.

Capítulo 6

Amarillo

Sucedió hace tres días.

Soy el encargado de un proyecto secreto del Gobierno Central, denominado "Colorful Glass". Estoy bajo las órdenes del mayor Nero; en quien confié hasta que, sin pensarlo, escuché sus planes para con mi invento.

Ése día, uno de mis asistentes no logró terminar unas pruebas de laboratorio, así que tomé su lugar y lo envié a casa. "Nada mejor que hacer el trabajo uno mismo". Quizás si no me hubiera quedado, ahora no estuviese corriendo, tratando de salvar mi vida.

Luego de confirmar los resultados de los test, abandoné mi laboratorio. Era pasada la medianoche, por lo que las instalaciones debían de estar vacías, al menos eso fue lo que pensé. Froté mis vistas cansadas, mientras recorría el pabellón Este. Me detuve al escuchar una voz familiar. Fui hasta el despacho del mayor, y me alegré de escucharlo con claridad, ya que deseaba entregarle los resultados en ese momento, y tomarme un descanso al día siguiente. Sin embargo, mi mano tembló en el pomo al unirse una segunda voz.

No logré reconocerla. Me sorprendió escucharlo mencionarme. La curiosidad pudo más. Puse mi oreja contra la puerta y guardé silencio.

— ...Mayor, no creo que deba repetirlo, ¿o sí?

— Entiendo que ustedes deseen tener el primer prototipo para finales de mes, pero es imposible, si aún no es aprobado por el encargado...

— El doctor Stevens es un total desastre. El Gobierno lleva meses apoyando el proyecto. Necesitamos resultados, pronto.

— Prometo hablar con él... pasado mañana.

— Llámelo ahora mismo –severo. Nero carraspeó la garganta- Mañana recibirán una orden para el traslado del proyecto a las instalaciones militares Alfa-4 –mi celular comenzó a vibrar. Me alejé de la puerta- Si no nos entregan los informes, confiscaremos cualquier indicio del proyecto y el doctor Stevens será deportado.

— No contesta. Parece que ya está durmiendo.

— ¡Es un niño! –espetó con burla- Quiero ese proyecto en mi oficina, el martes a primera hora, mayor Nero.

Corrí hacia mi laboratorio. Cerré con sigilo.

Lo único que se me ocurrió en ese momento fue hacer una copia de seguridad de todos los archivos, mientras creaba datos falsos sobre los resultados originales, con el objetivo de mostrar un error catastrófico si éste se llevaba a cabo a escala mundial.

Salí por la mañana, cuando todos regresaban. Mi asistente personal se mostró contrariado. Traté de mostrarme relajado. Me llamaron por el altavoz.

El mayor Nero me ordenó entregarle los resultados de la última prueba. Accedí sin titubeos. Él parecía aliviado de mi respuesta. Le pedí el día libre, alegando que estuve toda la noche en el laboratorio, terminando el test de seguridad. Envié a mi asistente a hacer una copia de todas las pruebas y me retiré de las instalaciones.

En cuanto llegué a mi apartamento, no perdí un minuto y comencé a planear mi huida. Con algo de suerte, los datos falsificados me ayudarían a permanecer con vida un par de días. “Demasiadas pruebas que reconfirmar”.

Encargué a unos amigos de confianza, que buscaran información acerca de boletos de avión y un modo seguro de conseguir una visa y papeles alterados. Mi máxima prioridad era salir del país, entre ayer y hoy. Desconecté todo dispositivo electrónico en casa o inalámbrico. Destruí mi celular y cancelé mis tarjetas de crédito. Empaqué todo al recibir los papeles.

Sin embargo, no recordé un pequeño detalle: mi asistente solía hacer copias de seguridad. Eso me daba un máximo de tres horas. Me asomé a la ventana con cuidado. Un par de 4x4 negras se estacionaron en la acera frente a mi edificio. Dejé todo. Los papeles, el dinero, mi maleta y salí. Me detuve a pensar por un segundo. “Ellos de seguro usarán las escaleras de incendio y las principales. Además, de dejar un par de hombres en el lobby”.

No sé si se deba a mi desesperación, pero comencé a escuchar los pasos de los guardias de seguridad. Volví al pasillo principal y caminé hasta el fondo, tambaleándome. Toqué el timbre un par de veces. Puse mi mano contra la puerta y alcé el rostro hacia la mirilla, esperando una respuesta.

Mi corazón se detuvo al escucharlos en el piso inferior. La puerta se abrió y jalaron de mi muñeca. Mis ojos se pegaron al suelo. Pude escuchar el toque insistente en mi puerta. La abrieron. Entraron y enviaron una señal

negativa sobre mi paradero actual.

— Se han ido... -mis piernas flaquearon. Mi cuerpo se cayó en medio de una exhalación profunda- ¿Te encuentras bien?

Sólo pude negar en silencio, aterrado. Aseguró la puerta y se retiró con sumo cuidado.

Regresó y se acucilló. Me entregó un vaso con agua. Por fin pude ver su rostro. Sonrió con amabilidad. Bebí un poco y volteé hacia la puerta.

— ¿Por qué te seguían? ¿Eres un asesino o un ladrón? -lo miré a los ojos. Aguardaba con ilusión.

— Soy científico.

— ¿En serio? ¿Tan joven? -sorprendido.

— Tengo veintiocho años.

— Ah... No pareces. Lo siento.

Me ayudó a levantar y fuimos hasta su sala. Me senté en el sofá. Hizo lo mismo. Parecía contento por algo. Terminé mi agua. Dejé el vaso en la mesita de centro. Me quedé pensativo. "Ahora es tarde, ni siquiera podré salir del edificio", chasquéé la lengua y cubrí mi rostro con ambas manos, frustrado.

— ¿Cómo te llamas?

— ¿Eh? -distráido. Lo miré- Ah, perdóname. Yo... -sacudí la cabeza. Estreché su mano- Soy Josh Stevens. Mucho gusto.

— ¿Stevens? -reflexivo- Bueno, Josh, yo soy Ian... Ian Puree.

"OK, ése es un apellido raro".

A pesar de que no le expliqué mi situación a Ian, él me ofreció su apartamento para quedarme, el tiempo que fuera necesario. La verdad, me sorprendió bastante que existiera alguien capaz de darle alojamiento a un completo extraño, en especial después de ver cómo un grupo de hombres de negro armados lo buscaban.

Terminó el martes.

"Ellos ya deben saberlo", resoplé con preocupación.

Ian se acercó. Giré y traté de parecer sereno. Me invitó a cenar.

Ian vivía solo. Debido a una discusión con la familia actual de su padre, había decidido desligarse de ellos y vivir por su cuenta. A pesar de ello, sus padres y abuelos, le entregaron su herencia, y es por eso que no se preocupa más que por comer y dormir bien. "Incluso he comprado el apartamento", dijo entre risas.

"No me agrada la gente que tiene su vida resuelta".

Jueves por la tarde. "Veinte para las seis".

Ian regresa de hacer las compras. Frota su nuca.

— Han sellado tu apartamento –dice en voz baja- Como si hubieras muerto y fuera la escena del crimen.

— Puedes estar seguro que lo estaré si "ellos" me hallan –cruzó mis brazos y resoplo con cansancio.

— Pero, Josh, ¿qué tipo de científico eres? ¿Robaste algo de una instalación SUPER secreta del estado, o algo así?

— ¿Robar? –me reí con fastidio- No creo que tratar de recuperar mi propio invento se le pueda decir "robar"...

— ¿Inventaste algo?

— Algo malo... -sacudo mi cabeza y me acerco a él- En realidad, no era malo, pero lo usarán para algo malo, estoy seguro. De otro modo, no estarían tras mi cabeza. "Ellos" no quieren que se sepa la verdad, por eso planeaban desaparecerme. Si hubiera algún modo de comunicarme con ella... -ruedo los ojos, impaciente.

— ¿Ella? –lo miro. Asiento.

— Hay una bióloga que forma parte de mi equipo, bueno, ex equipo... Ella tiene que salir de ahí. Espero que logre verlo y se retire a su casa.

— ¿Qué tan malo puede resultar tu invento?

Por fin logré ver su gesto aburrido. Fui hacia la ventana, resguardándome para no ser visto.

— ¿Puedes imaginarte viviendo en una gran bola de cristal? –se contrarió- Una máquina capaz de controlar el clima global, el día y la noche... quién vive y quién muere... Capaz de resolver cualquier guerra, siempre y

cuando sepas su manejo.

— ¿Qué fue lo que...?

La luz se intensificó en el exterior. Retrocedí alarmado. Tomé a Ian de la muñeca y lo obligué a sentarse. Él no comprendía.

— Pase lo que pase –lo miré a los ojos- No abras los ojos, hasta que deje de temblar...

— ¿Temblar?

El edificio se sacudió con fuerza. Los gritos se extendieron, tanto dentro como en la calle.

Explosiones, sirenas, el chirrido de las llantas.

El silencio.

Noté que Ian se había aferrado a mí, nervioso. Entreabrí un ojo, con cuidado. La penumbra se había apoderado de la ciudad.

— ¿Ya puedo abrirlos? –susurró.

Hice que me soltara. Abrió los ojos con cuidado. Me acerqué a la ventana.

— ¡Dios mío! –Ian me sujetó con fuerza- ¡Qué he hecho!

Capítulo 7

Morado

Lanzó el portafolio por sobre las computadoras. Los subordinados del doctor lo observan con temor. Su ira ya es parte de su rostro y orejas. “¿Dónde te has metido, Josh?”, traté de no hacer contacto visual con el Mayor Nero.

— ¿¡QUÉ DIABLOS SIGNIFICA ESTO!?

— Señor, es un error del sistema...

— ¿¡UN ERROR!? ¡AYER NO HABÍA ERRORES!

— Señor... -el asistente de Josh temblaba bajo la mirada penetrante del viejo militar.

— Mayor -volteó hacia mí-, señor. Usted tiene razón al decir que, hasta ayer, no había errores en el sistema. Yo misma revisé que todo quedara en perfecto estado...

Se acercó haciendo eco con sus botas de cuero negro lustroso.

— Señorita Mirrell, ¿me podría explicar -tiene los ojos inyectados de sangre. Me mantengo serena- qué está pasando?

— Mayor, señor... -me llevé una mano al mentón. Observé el laboratorio- ¿Qué hora es?

— ¿¡QUÉ DEMONIOS IMPORTA LA HORA!?

— Señor, importa -indiferente- ¿Dónde está el doctor Stevens?

El bigote frunció al compás de su gesto. Bajó los hombros. Lo buscó en el laboratorio. Tomó al asistente por el cuello de la bata.

— ¿Dónde está? -aprieta la voz.

— Se...Señor... Hoy es su día libre... Regresa el lunes.

— ¡Ah! -sonreí con sarcasmo- ¡Es cierto! -soltó al muchacho.

— Arreglen la maldita máquina -sacudió su uniforme, firme. Me miró con recelo- En cuanto esté lista, lancen la alarma morada.

Mi gesto pasivo se resquebrajó. Todos me miraron con temor. El Mayor Nero sonríe con malicia.

— Tienen tres días.

— Pero... señor... -trat  de detenerlo- El doctor Stevens...

— Acabo de despedir al doctor Josh Stevens. Aquel que se oponga, ser  despedido también –gir  sobre sus talones para confirmar la respuesta del grupo. Nadie se opuso- Perfecto. Trabajen.

Mi cuerpo se desplomó al cerrarse la puerta. El asistente se acercó con un vaso con agua en las manos. Agit  mi mano, conmocionada. Mir  por la ventana. “ D nde te metiste, Josh?”. El grupo aguarda mis  rdenes.

— Arreglen el desastre –se admiran- Retr senla tanto como puedan –le digo con resguardo, al asistente. Asiente.

Paso a retirarme. Saco mi celular. Número seis.

— El número con el que intenta comunicarse se encuentra apagado o fuera del área de cobertura.

—  Contesta el jodido teléfono, Josh! –reniego con exasperación.

Pateo la baranda del balcón. Volteo con disimulo. No hay cámaras, y los pasillos están vacíos. Marco con avidez.

— Irene, cariño...  Qu  es de tu vida?

— No estoy de humor, Tim.

— Me doy cuenta.  Qu  ha pasado?

— Lleva a los niños a casa de mis padres. Dile a Christian que nos vemos mañana en Chicago.

—  Eh?  Qu  sucede?

—  T  has lo que te digo, maldita sea! –golpeo mi frente contra la baranda- Por favor.

—  OK!  Puedo ir también?

— S , por favor, ve. No preguntes por qué... No puedo decir nada más... No es seguro... Aquí no.

- Bien, ¿no quieres que le avise a Joan?
- No, él va a saberlo pronto, aunque no será por mí.
- Estás muy rara, Irene.
- Por favor, no te olvides de Kate y Luis.
- Tus hijos son mi prioridad. Puedes estar tranquila.
- Gracias, Tim. Nos vemos.

Observé la ciudad a lo lejos. No quiero que todo desaparezca, y por el simple capricho de un sujeto que no sabe hacer otra cosa que ocasionar malestar en los países vecinos. “¿Países vecinos?”, me he reído con amargura, “¡Esto será global!”.

— Doctora Mirrell –presto atención al llamado- Se la requiere en el laboratorio CG. Doctora Mirrell. Al laboratorio CG.

— Estupendo... -pesadez.

Cuando llegué, el asistente lloraba con angustia. “Josh, ¿no pudiste encriptar mejor archivos?”, rasco mi sien.

— Se está reiniciando el proceso de mantenimiento, doctora. Mañana estará lista para la última prueba.

— Genial... -fastidiada.

Tomé las copias de los resultados previos. Le entregué un pañuelo al muchacho, y me dirigí al despacho del Mayor.

Toqué un par de veces antes de entrar. Dejé el folio sobre su escritorio. Se ríe con vanagloria.

— Mayor, el objetivo ha escapado. Repito, el objetivo ha escapado –su gesto cambió con severidad. Presionó el intercomunicador.

— ¡Activen su GPS!

— Todos sus dispositivos y tarjetas siguen en el apartamento.

— Se lo tragó la tierra, mayor, señor –aliviada al escuchar la noticia.

Frunce el ceño y ordena que busquen en los alrededores. Incluso en casa

de sus amigos y familiares.

— Le puedo facilitar su tarea, mayor –bufa- El doctor Stevens es hijo único y sus padres murieron hace tres años –parece sorprendido- Sólo tiene dos amigos, y ambos viven en el extranjero. Dudo que el doctor haya podido salir del país sin sus documentos.

— Sigán buscando –reafirma su orden.

Lee el informe. No parece satisfecho, pero tampoco está iracundo como en un inicio.

— ¿A qué hora?

— La prueba empieza al mediodía. El asistente del doctor Stevens verificará que todo salga de acuerdo a sus órdenes, Mayor Nero.

— ¿El asistente? –deja el folder- ¿Y usted? ¿Acaso también es su día libre? –sarcástico.

— No, señor –indiferente- Renuncio –no le agradó la noticia- Sé muy bien qué pasará cuando el proyecto Colorful Glass arranque y no quiero estar lejos de mis hijos, cuando eso pase.

— Bien –bajó la mirada, resignado-, pero no renuncie. Digamos que son vacaciones indefinidas.

Me extrañó un poco su gesto. “¿También quiere estar con su familia, Mayor?”, tenía tantas ganas de preguntarle, pero me contuve y salí.

Recogí mis cosas y fui a preparar mis maletas.

Capítulo 8

Violeta

El cielo estaba despejado. Las aves cantaban en el árbol más cercano a mi ventana. “Éste día no podría ser mejor”, sonreí ampliamente. Respiré hondo del aire que me ofrecía aquel bello verde campo. A pesar de que era un complejo científico, se podía disfrutar de éstas vistas desde la intimidad de tu oficina.

—Joan... —me estiré con pereza- ¿Estabas durmiendo? —contrariado al ver mi gesto.

— Claro que no, es una oficina de información... —bostezo- No podría aunque quisiera —me acomodo en el sillón- ¿Para qué me buscabas? —verifica su informe.

— La base Q-Alfa 2, quiere que actives un GPS —me extrañé de la orden.

— ¿Un espía, otra vez? —abro el software de búsqueda- ¿Código?

— “33-CG-910-7” —lo ingresé con aburrimiento.

Esperé las coordenadas. “Aquí hay algo extraño”, miro de reojo al asistente del jefe. La pantalla lanza una intermitente luz violeta. “¿Por qué lo buscan a él?”, fruncí el ceño.

— ¿Lo localizó?

— Es estático —sincero. Se acerca a confirmarlo- ¿Por qué te mentiría? —nos miramos. Me he reído de su gesto indiferente- Te voy a ser sincero, es la primera vez que me piden buscar a un simple científico, y Josh es mi amigo. ¿Qué pudo hacer para merecer una búsqueda internacional?

— Se ha escapado —masculla renuente- No han pasado ni dos horas... Es como si se lo hubiera tragado la tierra —asustado.

— No digas estupideces —lo empujo y me levanto- ¿Por qué escaparía? —niega temeroso.

— ¿Estás seguro sobre su localización? —asentí, viendo el monitor, una vez más- Bien...

“Muy extraño”, regresé a mi asiento. Observé la luz. Verifiqué todos los sub códigos asociados a Josh. A simple vista no era notable, pero si los reunías, era evidente la posición global del hombre al que buscaban.

“Bueno, ellos sólo pidieron el código de Josh, no de sus cosas”, reí aliviado

y cerré el programa.

Lunes. Diez minutos después del mediodía.

El teléfono de la oficina comenzó a chillar. Me alejé de la ventana, con mi taza de café pasado en la mano.

— Información y búsqueda.

— Buenas tardes, señor Santander –bebí un poco- Llamamos desde la base Q-Alfa 2 –tragué una piedrita. Dejé la taza y tosí con fastidio- Se ha dado la orden para el lanzamiento de la alarma morada.

El auricular tembló en mi mano. “¿Alarma morada?”, saqué mi celular y busqué a mi hermana en el directorio.

— ¿Señor?

— Sí... Sigo aquí... Sólo estaba un poco sorprendido, lo siento...

— Todos lo estamos –explicó con recelo- Ejecute el plan según el protocolo.

— De acuerdo –marqué a Irene.

Colgué el teléfono de la oficina y me dirigí a la computadora. Busqué el listado de alarmas del Gobierno Central, esperanzado en que aquello sólo fuese un error de mi parte.

— ¿Lo has sabido? –su voz denotaba desgano- Han tardado.

— ¿Qué significa esto? ¿Por qué Josh...?

— No lo sé... Él es un maldito cobarde... -furiosa- Nos dejó solos y corrió a esconderse...

— ¿Dónde estás? ¿Sigues en la base?

— No, estoy yendo a ver a Christian. Tim está llevando a los niños con papá y mamá... ¡El idiota no me hace caso! –ha pateado algo- Le dije que nos reuniéramos, es importante...

— Es tu ex esposo, Irene. ¿Qué va a hacer en casa? ¿Crees que papá lo va a permitir?

— No es una situación de desalojo, Joan.

— Lo sé –rasco mi cabeza- La casa de nuestros padres no es segura. Una vez que estés con ellos, vayan a mi casa.

— ¿Estás seguro?

— Tengo todo lo necesario... Sabía que algo como ésto llegaría a pasar, pero rogaba porque no fuese así. ¿Qué diablos tienen en la cabeza?

Abren la puerta de la oficina. Es mi jefe.

— Hablamos más tarde, cariño.

— ¿Te descubrieron?

— Espero que no sea necesario –cierra la puerta con seguro- Sí, adiós.

— ¿Con quién hablaba, Santander?

— Mi novia, señor –cuelgo- Estuvo de paseo por la ciudad, pero ya regresa a su casa –se muestra escéptico- No se preocupe, señor. Sé que la alarma morada nos impide hablar sobre el asunto. No lo he hecho.

— Active la alarma. Las directrices deben hacerse saber antes de las tres. Sólo necesitamos que se queden aquellos que serán de ayuda... Como usted.

— Yo voy a colaborar con la central –me mantuve firme-, pero no me quedaré. Regresaré a casa, con mis padres.

— Está seleccionado, Santander.

— Lo sé muy bien, pero las reglas no me obligan a quedarme. Yo guardaré silencio, como parte de mi juramento a la central. Pierda cuidado.

— Excelente. Proceda con el plan.

— ¡Sí, señor!

“Viejo estúpido”, resoplo cuando se retira.

Extiendo el informe. “Es hora de redactar el peor error de la humanidad”, resignado ante mi monitor. “Pero antes... un favor para mi escurridizo amigo Josh”, dejo corriendo el virus.

Capítulo 9

Naranja

Han pasado tres semanas desde el incidente. No hay energía eléctrica en la mayor parte de la ciudad, y los edificios aún no han sido movidos de sus escombros. Todos los días es lo mismo. Vivimos en una oscuridad casi total, es como si siempre fuese de noche. Hace un par de días, Ian se admiró al ver la aurora boreal pintando el paisaje.

— ¿Cómo es posible?

— Supongo que aún no descubren cómo mantenerla estable. Ella también debió salir de la base –aplacado.

— ¿Está descontrolada? –lo miré, negué.

— Sólo un poco desajustada. El proyecto en el que trabajaba tenía tres años en modo de prueba. Existe un complejo de biología y botánica en Perú, que servía para probar los efectos de la máquina a pequeña escala. Siempre había algo que fallaba, a partir del primer mes. Lo que está pasando ahora, son efectos que predije en mi estudio... pero nadie hizo caso –abatido.

No he podido explicarle más acerca del proyecto, porque no sé qué tanto puedo confiar en él. Después de todo, es el único que sale del apartamento y regresa con cosas, todos los días.

— El almuerzo está listo –sirve la comida. Paso al comedor- ¿Cuánto tiempo durará? –observando el paisaje desalentador.

— No estoy seguro. En las noticias se escucha sobre la brecha que abrió el Gobierno Central gracias al miedo provocado tras el arranque del proyecto, pero no dicen que la guerra parará o si planean darle un fin aún más catastrófico –resoplo cansado- La culpa se hace pesada con cada día que pasa...

— Es normal que sientas miedo. Yo hubiese hecho lo mismo que tú –trató de alentarme.

Comí lo que mi ánimo me permitió. Agradecí los alimentos y me levanté.

Tocaron a la puerta. Ian se extrañó. Dejó el servicio y fue a ver. Apareció con el gesto pálido. Volvieron a tocar. Se sobresaltó. Me miró. Jaló de mi muñeca y me llevó hasta su cuarto. Abrió una puerta tras su ropero. Me

empujó dentro. Trato de pedir una explicación a su comportamiento.

— No salgas –temeroso. Mira hacia el pasadizo. La puerta, otra vez.

— Pero...

— Confía en mí. Te explicaré luego –pesaroso.

Cierra la puerta. Y sale con prisa. Las paredes son tan delgadas que sus pasos se pueden escuchar claramente.

— Sabes muy bien que no me gusta esperar.

— Lo siento.

“Esa voz”, pegué la oreja a la pared, curioso.

— ¿Hay alguien contigo? –con recelo- El otro plato -acota.

— No... Una vecina vino a comer. Le robaron todo, poco después del terremoto y esto... sea lo que sea... ¿A qué has venido? Es raro verte por aquí.

— Quiero visitar a mi hijo, ¿hay algún problema?

— No... Claro que no... -nervioso.

Se mueven hacia la sala. Sus voces son más claras.

— ¿Sabes quién vivía a tu lado? El doctor Stevens ¿Recuerdas que te hablé de él? El muy cobarde escapó de las instalaciones y dejó su proyecto con errores... El muy cretino pensó que nadie podría corregir el sistema y recuperar los planos.

— Habrá tenido una buena razón... Mira cómo van las cosas.

— Esto estaba en los planes. Ya se sabía los daños colaterales de la máquina, pero él... El muy maldito...

— Papá, ¿por qué has venido?

— Sólo quería saludar.

— Claro...

Con cada palabra que soltaba el hombre, el agobia consumía mi ser. Su

entonación. No cabía duda. “Es él”, me agité en mi sitio.

Unos quince minutos después, el papá de Ian se fue, algo molesto por la actitud del menor.

Pasos.

Traté de esconderme. Quería huir. “¿Qué pretende reteniéndome?”, la puerta secreta se abre. Su gesto mostraba su falta de espíritu. Aproveché el vacío. Lo empujé y salí como pude.

Tiró con fuerza de mis brazos. Esquivó mis patadas, con cierta torpeza.

— ¡No voy a hacerte daño! ¡Quiero ayudarte! ¡CÁLMATE! ¡Maldita sea!
—renegó. Me sacudió por los hombros. Me detuve, consternado- ¿Ya?
—agitado.

Me llevo una mano a la frente. Estoy algo mareado.

— Yo no sabía quién eras –se justifica- No lo sabía hasta que me dijiste tu apellido. Por eso cambié el mío. Temía que me reconocieras y huyeras a la boca del lobo.

— ¿Cómo te llamas? –parpadeo con molestia.

— Ian Pearson.

— ¿Tu padre es James Pearson? –volteo, contrariado. Asiente, avergonzado- Eres hijo del monstruo que ordenó ésta matanza.

— Te juro que es una coincidencia que vivamos en el mismo edificio. No soy un espía o algo por el estilo.

— Sí... Eso pude escucharlo –froté mis hombros, adolorido- Esto es horrible... No soy un cobarde. No deseaba ser obligado a usar mi invento como un arma –resoplo con pesadez- Colorful es una máquina creada para llevar lluvia y sol a las zonas afectadas por el cambio climático; de ningún modo la haría para obligar al mundo a adorarme como un dios –resentido por un comentario de Pearson- Yo no...

— Lo sé –palmea mi espalda- Doctor Stevens –me extraño por el trato solemne-, tengo un plan.

Del bolsillo de su suéter ha sacado una tarjeta negra. Sonríe con malicia. “¿Qué pretende éste niño?”, confundido.

Capítulo 10

Dorado

Tabita observa el cielo nocturno con una vaga esperanza, que se ha forzado a mantener viva. "Es mi hija, pero no soporto verla tan tranquila", voy donde ella y la acompaño.

Está contando las estrellas visibles a ésta hora. Le he dicho que deje de hacerlo pero ella no desiste. "Uno, dos, tres...", observo el vasto firmamento.

— Bebé... ¿Hija? —alza las cejas con atención, sin dejar de contar- ¿Qué es lo que piensas mientras cuentas las estrellas?

— Lo que no pienso.

— ¿Qué es lo que no piensas? —curiosa.

— ¿Por qué tuvo que desaparecer dos días antes de mi viaje?

Dejamos de contar. Sus enormes ojos negros calan dentro de mi corazón.

Me pongo en pie y le extiendo la mano. Me presta la suya.

Hemos caminado por diez minutos. Varios de nuestros vecinos alientan nuestros pasos, hasta el observatorio.

— Ellos dijeron que podías usarlo.

— ¿No es sólo para los de la comunidad científica?

— Te han dado su permiso.

Aquello se volvió su obsesión. No había día en que no desapareciera para pasar las horas dentro de aquel sombrío lugar.

Al cumplirse el día dieciséis, corrió hasta mí, llena de felicidad. Me llevó de la mano hasta el observatorio. Estuvo observando a través del telescopio. Yo me quedé dormida, debido al cansancio que me generó el trajinar del día a día.

— ¡Mamá! ¡Despierta! ¡Mira! ¡Mira!

Sacudió mi hombro con alegría. Froté mis vistas. Fui hasta el telescopio.

No entendía el motivo de su repentina felicidad.

— ¡Está ahí! ¡La Tierra sigue ahí!

* * *

En la NEM Fobos aguardábamos una respuesta del espacio, algo que nos indicara lo que debíamos hacer a continuación. Hace tres semanas que no teníamos noticias de la Tierra. Los sub oficiales tenían los ánimos por los suelos.

El capitán Jerome enviaba un mensaje tras otro, sin obtener respuesta alguna. Resopla con cansancio.

— Capitán –Mariel aparece con su PDA- Tiene una llamada de la base marciana.

— ¿Marte? –levanta el auricular- Jerome al habla.

— Capitán, aquí tenemos a alguien que asegura que la Tierra sigue en su lugar.

— ¿Cómo dice? –se levanta con estupor- Eso es imposible. No transmite señal alguna, ¿cómo pudo saberlo?

— Permítame un momento.

El capitán luce impaciente. Activa el altavoz. Camina hacia el mirador.

— Buenas noches, capitán Jerome. Soy Tabita Uno.

— ¿Eres una niña? –irritado- ¿Esto es una broma?

— No, señor. La Tierra sigue ahí. Yo lo he visto.

— ¿Qué te hace decir eso?

— La Luna, señor. La Luna sigue girando a su alrededor.

— Confirma eso, Jules.

No hacía falta que me lo ordenase, yo misma tracé las coordenadas de oscilación de los últimos días. El sistema confirmó lo dicho por Tabita.

Todos se acercaron y observaron el gran vacío al que se aferraba aquel rocoso satélite. Y sonrieron con esperanza. “En medio de la desesperación

no vimos que algo, tan simple, nos daba ánimos para no desfallecer en éste horrendo silencio espacial”.

Capítulo 11

Blanco

“¿Qué pretende este niño?”, pide que lo siga.

Vamos hasta una habitación, al final del pasillo. Ha tenido que usar una llave extra para entrar.

— ¿Sabes? –me quedo boquiabierto al ver lo que había dentro- Papá tampoco me soportaba, pero tiene razón en hacerlo... -lo miré, admirado- Cloné sus tarjetas de crédito, en dos ocasiones, mientras dormía.

Se dirige al monitor central, toma asiento en su sillón. Es como estar en un laboratorio de la base.

— Lo único que debo hacer es establecer una conexión fiable con la base y entraremos.

— ¿Entrar? –confundido.

— Vamos a ir a la base Q-Alfa 2, doctor.

— ¿Te afectó el frío? –desencajado- No voy a volver. Me matarán en cuanto me vean.

— Relájate –confiado- Por ahora, tengo que trabajar en el enlace.

Me pidió, con una señal, que abandonase el salón. No pierdo un segundo y salgo. Cierro con cuidado. Me quedo de pie frente a la puerta, cruzado de brazos. “¿Regresar a la base?”, una gélida brisa golpea mi espalda, “No es la mejor idea, pero esto no puede seguir así”.

Al segundo día, Ian emerge de su laboratorio con un aire victorioso en su andar. Me entrega una tarjeta blanca. “¿Una identificación falsa?”, lo miro de reojo.

— Tu padre ya debe de haber notado que le falta su tarjeta...

— Esa no era su tarjeta –se sienta, cansado- Mientras él hablaba, yo cloné todas las que llevaba encima –me admiré- Sí, ya puedes elogiarme –petulante. Resoplo impaciente.

— Sigo pensando que es demasiado peligroso –leo mi nuevo nombre.

— Es un nombre dentro de la lista verde. Ésta no es cualquier identificación, doctor –Me sorprendí de que supiera sobre la lista verde-

Son pases VIP para sobrevivir al fin del mundo.

— Lo sé, yo también tenía una –indignado.

— ¿Ah, sí?

— Sí –fastidiado- ¿Creías que hui porque me iban a sacar del proyecto? –me dio la razón- ¡No! Ya te he dicho que lo hice porque me estaban obligando a encender la máquina, con otros propósitos.

— Ah... Lo siento –guardó su identificación- En fin, debemos prepararnos para salir. Dijeron que hoy habrá tormenta.

— Odio que el pronóstico del clima haya dejado de ser una mera especulación –abatido.

El clima realmente ha empeorado. Todos terminan de resguardarse. Me acerco a la ventana con cautela.

— ¡Estoy listo! –animado. Coge su mochila- ¿Doctor?

— Voy...

Dejo mi sitio. Saca unas llaves con un colgante extravagante. Sonríe al ver mi curiosidad por el artefacto.

— Iremos en mi camioneta.

— ¿Tenías una camioneta?

— Un Jeep.

— ...

— ¿Qué le sucede? –cierra con descuido.

— Es como si recién te estuviera conociendo.

— Ian Pearson –me extiende la mano. La estrecho por inercia- Mucho gusto.

Con el temporal, hemos tardado tres horas en llegar a las cercanías del complejo. Se estaciona tras unos árboles. Tomamos medidas de precaución, contra el mal tiempo, antes de bajar.

Llegamos hasta la garita de control. La nieve impedía que nos sacáramos las máscaras de protección. El vigilante tomó nuestras tarjetas y las

verificó. Hizo una señal para que nos dejaran pasar. Nos las entregó.

— Pensamos que no regresarían hasta mañana.

— Mi esposa odia tenerme en casa –se adelantó Ian.

El hombre ha soltado una carcajada estridente.

No nos hemos quitados las máscaras hasta el salón de recibimiento. Él se saca los implementos y recibe los míos. Mantengo la capucha.

— ¡Maldito clima! Espero que el nuevo doctor arregle pronto ése trasto.

Ambos aguardamos, de espaldas a los militares. Se alejan lo suficiente para seguir nuestro camino.

— Desde aquí, te sigo a ti –levanté la mirada hacia el ala norte. Avancé.

Hemos llegado hasta el ascensor sin mayores obstáculos en nuestro camino.

Antes de que la puerta se cerrara por completo, una mano se deslizó por el borde, deteniendo el proceso. Ian bosteza con relajo, pero yo no puedo parecer tan tranquilo, no después de ver quién acaba de sumarse al grupo.

Él me mira de reojo. “Me ha reconocido”, escondó mi rostro nervioso. Noto que me hace una señal con disimulo. Sigo su mirada. “Las cámaras de seguridad”, protejo mejor mi rostro.

El ascensor se detiene. Lo sigo. Entra a los vestidores. No para hasta las duchas. Ian no comprende, pero no hace el intento de detenerme.

— Es bueno verte, Josh –gira y me abraza con fuerza. Me quedo quieto, incómodo- Todos decían que habías desaparecido –se aleja.

— ¿Qué haces aquí, Aaron?

— Olvidé mi tarjeta el día de la evacuación. Me retuvieron en las instalaciones de Perú, por tres días –rasca su sien, impaciente- Luego, desperté aquí.

— ¿Qué? –interviene, Ian.

Aaron lo mira, contrariado. Llamo su atención.

— No hay tiempo para explicarlo.

— Sí... -titubea- Me trajeron para calibrar la máquina. No he hecho grades avances, porque no tengo los planos. Irene se los llevó, y nadie ha podido contactar con ella, ni con Joan.

— Genial -aliviado.

— ¡No es genial! -exaltado- ¿Sabes lo mucho que te odia tu equipo? -bajé la mirada, avergonzado- Creen que abandonaste el barco... peor que una rata.

— Yo...

— ¡Entiendo que es tu amado invento! Pero -me toma por los hombros-, debes asumir la responsabilidad por todo lo que está pasando ahora mismo.

— Por eso hemos venido -Ian me hala- El doctor quiere enmendar su error, ¿verdad? -sonríe. "Da miedo", asiento.

— Roger y James están en una reunión. Si quieres entrar al laboratorio, debe ser ahora.

Me irgo, firme. Salimos.

Los pasillos están más transitados que de costumbre, a pesar de ser más de las dos de la mañana. Logramos ingresar. Ian se queda vigilando cerca de la puerta. Me cuido de las cámaras. Aaron palmea mi hombro.

— No debes preocuparte por éstas cámaras. Joan se encargó de desactivarlas antes de que la máquina se encendiera.

Me dirijo a la computadora, confiado. "El sistema está debilitado", recuerdo, con una sonrisa, al loco hermano de mi amiga Irene. Los índices han alcanzo niveles críticos de inestabilidad. La seguridad interna del receptor ya no es suficiente. "Esto es preocupante". El tiempo de uso se ha extendido sin descanso, y el cambio de celdas no se ha ejecutado de acuerdo al plan trazado durante las pruebas de mantenimiento. El nivel de potencia ha disminuido y, de seguir así, la máquina colapsará.

— Le quedan menos de dos días -Aaron acaba de confirmar su mayor temor- Si no la apagamos ahora, se saldrá de control y matará todo sobre la Tierra.

— ¡Es mi padre! -Ian entra con sigilo. Cierra y asegura la puerta- Está con Roger. Están viniendo -me mira, alterado- ¿Qué estás esperando? ¡Apaga

la cosa...!

— No es tan fácil –ingreso los códigos de conexión- Va a tardar unos minutos.

La noche se convierte en día, en cuestión de segundos. La tormenta se detiene. Los pasos aceleran su acercamiento.

James Pearson pega su cuerpo a la puerta metálica, observa a través de la ventana circular. Se encuentra, cara a cara, con su hijo. Éste retrocede con palidez.

— ¡Apúrate! –alerta el menor.

— ¿¡IAN!? –el hombre, desencajado- ¡ABRE LA MALDITA PUERTA! –patea con insistencia.

— Hágase a un lado, señor Pearson –éste obedece sin apartar los ojos del menor.

El Mayor Nero saca su arma y la carga. Ian va donde Aaron, delante del doctor.

— Si pasan ésa puerta, yo seré su escudo... -seguro- Papá me odia, pero no tanto como para matarme –se esfuerza por sonar convincente.

El doctor Stevens continúa concentrado en la reconfiguración del sistema. Otra vez se hace de noche. Dos disparos. El menor se sobresalta. Aaron lo toma por los hombros y se coloca a su lado, reforzando el escudo humano.

El Mayor termina su munición, atacando el panel de control de la entrada. Ésta se desactiva y procede a abrir la puerta de una patada. Pearson ingresa primero.

— ¿¡Qué demonios haces aquí!? –sulfurado- ¿¡Quién te ha dejado entrar!?

El menor sonríe con cierto nerviosismo. Le muestra su tarjeta negra.

— Lo siento.

— ¿Tienes idea de lo que estás haciendo? ¿A quién estás apoyando?

— Lo sé, y no quiero que esto siga. Si está en mis manos poder detenerte, lo haré.

— ¿iHas perdido el juicio!? ¡Esto es un proyecto del Gobierno Central!

— ¡Es el invento del doctor Stevens! -éste volteó a mirarlo. El menor se puso más nervioso- ¡Tú mismo dijiste que él era un hombre brillante! ¿Por qué estás apoyando al presidente en ésta locura?

— ¡Cállate! Sólo sigo órdenes.

— Muévete, muchacho -Nero se adelantó- No puedo permitir que apaguen ésa máquina.

— Sobre mi cadáver, Roger -apretó los puños.

El Mayor Nero recargó su arma. Pearson no reaccionó a detenerlo.

El monitor emitió una luz amarilla parpadeante. Josh se llevó ambas manos al rostro y soltó una risa.

— Lo logré... -resopló con paz.

El piso comenzó a temblar.

El doctor cerró los ojos. Ian y Aaron lo imitaron.

— Es imposible detenerlo -sonríe soltando un par de lágrimas.

Una luz blanca abre el cielo, y se extiende con rapidez por todo el globo.

Varias piezas, del satélite receptor, impactaron la atmósfera, convirtiéndose en los fuegos artificiales que marcaron el fin de una máquina que pudo haber salvado a muchas personas, como bien estuvo a punto de agotar hasta la última de las esperanzas.

Capítulo 12

Epílogo

— Después de un mes, sin poder comunicarnos con la NEM Fobos, la Tierra recibió su primer comunicado oficial, por parte del capitán Jerome Sanders. En el comunicado, se detalla sobre el proceso por el cual se pensó, en un inicio, que la Tierra había desaparecido, incluso de que había sido tragada por un supuesto agujero negro, producto de un fallo del colisionar de hadrones en la CERN.

— Según informes de último minuto, los sucesos acontecidos en las últimas semanas se deben a otro proyecto. Uno que aún mantiene su nivel en “alto secreto” y del cual no se quiere hablar en las instalaciones del Gobierno Central.

— Fuentes inmediatas aseguran que el inventor detrás de dicho proyecto es el doctor Josh Stevens, quien además no consta con un paradero conocido hasta la fecha.

— Nuestra central de investigación indagó más sobre la vida de éste científico, resaltando partes de lo que pudo ser la mayor catástrofe vista en la presente década, una máquina capaz de controlar el clima...

— Acaban de informarme en interno, que tenemos un video llamado en exclusiva, desde la NEM Fobos. Adelante, por favor. Buenas tardes, capitán Sanders.

— ...Buenas tardes. Aquí, NEM Fobos. Es bueno saber que aún siguen ahí.

Los presentadores han sonreído con sobriedad.

— Señor, ¿cómo se sintió no tener noticias de la Tierra en éstas semanas?

— ...Definitivamente, la peor experiencia de mi vida. Pensábamos que nunca más podríamos regresar a nuestros hogares. Era una sensación aterradora. Mi primer oficial supo manejar la situación mejor yo, en muchas ocasiones.

— ¿No tenían idea de que estábamos aquí?

— ...Hasta hace unos días, no. Fue una llamada desde Marte la que nos alertó de su presencia en el espacio, aparentemente vacío que dejaron.

— ¿Una llamada?

— ...Sí. Tabita Uno, nos llamó y explicó sobre algo tan simple, que no habíamos reparado en ver. Es una niña que merece su lugar en la Tierra. La conexión que tiene con nuestro planeta es mejor que la mía –suelta una risa nerviosa. La presentadora lo secunda.

— ¿Qué opina de rumor acerca de que fue un científico reconocido quien creó la máquina capaz de desaparecer la Tierra?

— ...Terrible. No me imagino a alguien tan perverso como para querer borrar a la Tierra del espacio.

— Estamos recibiendo un nuevo informe. Es un informe filtrado del Gobierno Central –Lee el pronter- El proyecto tenía como nombre “Colorful Glass”. Su objetivo principal era el de proveer un clima mejor a las zonas afectadas por el cambio climático.

Los presentadores intercambian miradas de asombro.

— ¿Cómo terminó siendo un arma?

— Creo que nuestro Gobierno Central necesita explicarse sobre el proyecto Colorful Glass. Señor Presidente, estamos a la espera de su respuesta.

— En otras noticias, los ciudadanos por fin salen de sus casas y refugios bajo tierra...

O

Irene posa su mentón en la cabeza de su hermano.

— ¿Hicimos bien?

— Ellos sabrán que fui yo, pero no me arrepiento. No podía dejar que ensucien el nombre de Josh.

— Cierto –levanta en brazos a Luis- ¿Él estará bien? –le sonríe con cariño.

— Aaron me envió un mensaje encriptado. Los tienen en un salón sin ventanas ni muebles. Temo por ellos.

Irene suspira preocupada. Se dirige al mirador.

— ¿Cuánto tiempo necesitamos estar aquí abajo?

— Dos días más.

— Perfecto... Ya me estaba cansando de ésta monotonía.

O

Despierto por tercera vez. "¿Cuántos días han pasado?", busco con la mirada. Ian juega con sus pulgares, aburrido. "¿Cómo puede estar tan calmado?", me muevo hasta estar a su lado. Aaron me imita.

— ¿Qué haces?

— ¿Eh? -distráido- Ah, pensaba un poco. Debí provocar que me dispararan -nos asombramos- Así estaría en una enfermería y no encerrado en ésta caja -bufa.

— ¿Te parece gracioso? -me mira- Nos van a matar. Sólo están esperando una orden del presidente.

— Creo que con la palabra de Roger les basta -confirma Aaron, desanimado.

— No, el presidente los metió en esto. Pearson tenía razón, sólo están siguiendo órdenes. Quisiera poder hablar con Joan.

— Te puedo prestar mi reloj -me extrañé. Ian lo siguió con curiosidad. Me lo entrega- Es bueno dando la hora.

Ian se lo arrebató. Comienza a manipular las manecillas. Aaron está estupefacto. El menor ha sonreído con malicia. "Es genial", murmura emocionado. Levanta la mirada. Espera. Lo imito. "¿Por qué está viendo la puerta? ¿Escuchó algo?"

Suena la alarma. Se abre. Ian le devuelve su reloj a Aaron y camina delante. Nos mira desde la puerta.

— ¿No vienen?

Nos ponemos en pie. Aaron me jala del brazo.

— ¿Es un hacker?

— Creo que es un genio frustrado -contesto con sinceridad.

Él nos anima a seguir. Aaron me empuja.

Estamos solos en la instalación. Ni un alma en los corredores. Las cámaras están apagadas, y sin embargo, estamos corriendo desesperados. Subimos por unas escaleras metálicas. Ian despega la puerta del techo. Se asoma con cuidado. Nos hace una señal. "¿Qué está pasando?".

La brisa marina golpea nuestros rostros. Reconozco el lugar. Aaron también lo ha hecho. Estamos en Perú, cerca de una de las sucursales del complejo de botánica y biología. Ian busca una respuesta. Aaron nos guía, vivaz.

Supongo que podré vivir para defender mi invento. Colorful no merece quedar, en el corazón de las personas, como un arma, sino en un proyecto que pudo haber salvado el mundo.

<***>

FIN

11 de agosto, 2014